

PROBLEMA DE NUESTRA FILOSOFIA HISPANOAMERICANA

JORGE SALGADO S. Ph. D.

Universidad de La Serena

Hay algunos problemas relativos a nuestra filosofía que no necesariamente deben ser resueltos para filosofar. Por ejemplo: ¿Tenemos una filosofía propia? Algunos pensadores, tales como Leopoldo Zea, Salazar Bondy, Juan Rivano, Félix Schwartzmann, Manfredo Kempf, Abelardo Villegas, Héctor Murena, etc. intentan dar una respuesta acerca de la pertinencia de un filosofar auténtico. La conclusión que se obtiene es la siguiente: En general, creemos que tenemos un filosofar auténtico que yace olvidado y que está dejado de lado por el asombro que provocan las ideas importadas y por la incapacidad de los intelectuales chilenos de mirar lo propio y observar su puesto dentro del concierto mundial de las ideas.

Otro problema importante es el estar en nuestra circunstancia que se nos presenta de una manera radicalmente primaria: un estar mágico donde la realidad parece superar lo imaginario. Los más aberrantes crímenes o atentados contra los derechos humanos, la destrucción del hombre por insectos, la selva, etc. cobran vigencia en nuestro continente.

También está el problema de las dimensiones espacio-temporales de nuestro estar que se yergue casi mágico, con categorías transobjetivas (como la plantea H. Murena), donde coexisten espacio y tiempo diversos.

Finalmente, el estar poético aparece como un modo culturalmente primordial. Los poetas son capaces de penetrar profundamente y captar la magia y la profundidad metafísica del desierto, las alturas de Macchu-Picchu, la fertilidad de las montañas o la tristeza del cholo.

Este modo de filosofar nos lleva a preocuparnos por el acto de reflexionar y no por su producto, es decir, por la filosofía. Interesa el filosofar en nuestro continente y por tal motivo propugnamos una filosofía que parta desde una experiencia originaria de los problemas filosóficos. En esta medida, creemos, lograremos alcanzar alguna cima del pensamiento.

1. El problema de la filosofía propia.

Uno de los problemas recurrentes es acerca de si hay o no hay una filosofía latinoamericana. Así surge la pregunta:

¿Hay filosofía en Hispanoamérica con características propias o hay una Filosofía de carácter universal y no atribuible a ningún continente? Para muchos pensadores u hombres dedicados a problemas culturales latinoamericanos, como Leopoldo Zea (1), Juan Rivano (2), Manfredo Kempf (3), Salazar Bondy (4), Héctor Murena (5), Félix Schwartzmann (6), Carlos Ossandón (7), etc., esta cuestión cobra una gran importancia en el ámbito de la filosofía porque incumbe directamente a nosotros, latinoamericanos.

Para algunos pensadores, por ejemplo Juan Rivano, en la obra *El punto de vista de la miseria*, la filosofía debe atenerse a nuestros problemas, solucionar nuestras condiciones objetivas de existencia y a continuación, forjar un pensamiento propio, auténtico, enraizado en nuestra cultura. Y agrega: "La Filosofía que debemos procurarnos debe ser inmediata a la acción; solamente en tales condiciones podemos aspirar a poner raíces en la existencia y tener, a corto plazo, un pensamiento templado por nosotros, puesto a prueba por nosotros, verdaderamente nuestro y así, universal". (8) De acuerdo al mejicano, Abelardo Villegas en *Panorama de la Filosofía Iberoamericana*, (9) hay dos grandes tendencias de nuestra filosofía que son las siguientes: por un lado se piensa que ésta debe ser una filosofía como cualquier filosofía de Occidente, que debe tratar sus temas clásicos, sin otra preocupación que la de profundizar en los mismos y en "estar al día" en lo que se piensa y escribe en los grandes centros de filosofía occidental, traducciones, comentarios de obras principales, frecuentes viajes a Europa, son los motores de esta actitud filosófica.

Por otro lado, sin menoscabo de una información de la filosofía occidental, está la nuestra con temas propios, pero no exclusivos, que versa sobre cuestiones hispanoamericanas como nuestra identidad, nuestro ser, nuestro futuro, nuestra realidad tan distinta a la europea. Esta es la tendencia americanista que se dedica a filosofar sobre la realidad americana. Tenemos, en general, dos tendencias: la academicista y la americanista.

La diferencia entre ambas actitudes descansa en las distintas concepciones que se tienen sobre la filosofía. El académico busca la actitud filosófica clásica. Es un hombre teórico con un quehacer desinteresado. La utilización de su investigación no le interesa, tampoco la circunstancia histórica como fuente de reflexión. El americanista, en cambio, busca su propia "visión". Parte del hombre concreto para remontarse a lo incondicionado, un análisis que busca examinar su auténtico estar en el mundo desde una perspectiva actual.

Algunos niegan tajantemente que la filosofía en Hispanoamérica tenga una importancia, incluso que exista algo llamado de esa manera. Es el caso de Manfredo Kempff en su obra **Historia de la Filosofía en Latinoamérica**, cuando sostiene que: "Latinoamérica, hasta hoy, no ha dado un sistema propio de Filosofía. Esto es muy cierto. No ha dado un sistema filosófico propio, por cuanto nos hemos venido nutriendo de la filosofía occidental" (10)

¿Por qué no hemos sido capaces de generar un pensamiento propio y un modo creativo de filosofar? Pareciera que la filosofía fuera una tarea ajena, que no corresponde a nuestras necesidades o a nuestro particular modo de estar o que solamente es un instrumento teórico que se aplica a problemas particulares. La historia de nuestra filosofía muestra una acción solitaria de algunos hombres que se atrevieron a pensar por su cuenta, pero

que cayeron en el más completo olvido por los estudiantes de filosofía y por los intelectuales encargados de filosofar.

Nos estamos refiriendo por ejemplo a Ildefonso Briceño, filósofo chileno de la época colonial. También estamos mencionando a Alejandro Venegas, quien, a pesar de no ser un filósofo especialista, tiene gran importancia en nuestro pensamiento por su actitud intelectual y por la sinceridad de su pensamiento. También nos estamos refiriendo al serenense Enrique Molina Garmendia quien se convirtió en el motor y fundador de la Universidad de Concepción y en uno de los llamados “fundadores” de nuestra filosofía hispanoamericana.

Estamos mencionando a Jorge Millas, filósofo que supo orientar un pensamiento crítico y, en especial, una actitud moral digna en los tiempos difíciles de nuestra historia. Igualmente, no podemos dejar de mencionar a Don Félix Schwatzmann, admirable pensador, autodidacta, profundo en sus reflexiones y un maestro de generaciones. Del mismo modo, no puede quedar fuera don Humberto Giannini, filósofo que ha sabido reflexionar sobre lo más inmediato, lo más nuestro: lo cotidiano, las calles, la casa, el bar, las esquinas, etc.

Estas consideraciones generales permiten plantear que los problemas concernientes a la autenticidad de nuestra filosofía, a la identidad cultural, a la existencia o no de una filosofía hispanoamericana son pseudoproblemas porque la evidencia histórica de una experiencia filosófica es innegable. Lo importante, para no caer en un historicismo o en un sociologismo es filosofar desde una realidad, ya sea de nuestra historia personal o de una experiencia colectiva. Muchas veces, nos detenemos más en hacer un diagnóstico de lo que tenemos y no nos atrevemos a reflexionar, a pensar por nosotros mismos.

¿Por qué no nos atrevemos a pensar por nosotros mismos? Tenemos una tradición, pobre, pero la tenemos. Hay un modo propio de pensar y una preocupación generalizada por lo nuestro, por nuestra raíces, por un intento de desentrañarnos a nosotros mismos, como asimismo un quehacer basado en el estudio constante, responsable acerca de los problemas generales del conocimiento, del ser, de la cultura, el arte, etc.

Lo que interesa no es filosofar sobre lo nuestro fundamentalmente, en una especie de folclorismo filosófico; sino más bien, en un filosofar originario, desde una experiencia que nos pertenece, hacerlo de un modo riguroso, ya sea empleando un lenguaje técnico o literario. Lo que importa es atreverse a pensar en forma responsable. Los problemas filosóficos no son de nadie, son de cualquier persona que se atreva a intentar solucionarlos, indagando primeramente en la tradición y luego, proyectando nuevas soluciones. En este sentido,

propugnamos una filosofía que parta desde una experiencia originaria de los problemas filosóficos. En esta medida, creemos, lograremos alcanzar alguna cima del pensamiento.

Debemos intentar forjar un pensamiento originario, una filosofía auténtica, practicada sinceramente como un modo vital. Además debemos estudiar y comentar nuestros filósofos de un modo creativo con el fin de cimentar nuestra filosofía en una tradición que tenemos y desconocemos, quizá por ignorancia o por un falso orgullo de querer saltar ese paso necesario.

Esa conciencia de nuestra tradición, el conocimiento de nuestros pensadores, la reflexión originaria nos permite vislumbrar que estamos en un mundo que, de alguna manera, determina la dirección y sentido de la pregunta filosófica, como asimismo de las respuestas. Por este motivo, el estar personal es otro de los problemas que he considerado en esta ocasión.

2. El problema del estar en nuestra circunstancia.

Uno de los modos primordiales de enfrentamiento a la realidad es la impresión sensorial, donde quedamos ante la nuda realidad que nos circunda. La sentimos, en primera instancia como naturaleza, como algo que está ahí, inundándonos y cubriéndonos con su voluptuosidad.

El triunfo de la selva sobre el hombre, tal como nos lo relata José Eustasio Rivera en su novela **La Vorágine**, es la primera relación que encontramos entre el hombre y el mundo que aún permanece virgen. Recordemos también como el paso de las tombochas, hormigas gigantes, destruyen todo a su paso, debido a su voracidad. O las terribles pirañas que en pocos minutos devoran un vacuno o las sanguijuelas que se aferran a las piernas, dejando profundas heridas.

Estas dimensiones de nuestro estar en una circunstancia adquieren características muy particulares. Por ejemplo, Alejo Carpentier, en su novela, **Los Pasos Perdidos**, plantea que estar en América es permanecer en un tiempo que retrocede y que no avanza. Es decir, estar en Hispanoamérica es un regresar en el tiempo, un volver sobre los pasos.

Este tiempo mágico, aparentemente tiene un valor exclusivamente literario. Sin embargo, si nos detenemos más reflexivamente, encontraremos que hay un modo poético de estar en el mundo, un modo especial de instalarnos en nuestro continente, donde lo real maravilloso ya no es una obra literaria sino una fantástica realidad, donde lo más inverosímil puede ocurrir.

En Hispanoamérica podemos encontrar épocas que van desde la invención de la escritura hasta la inteligencia artificial. Hay una multiplicidad de tiempos que nos permite volver al pasado cultural, un volver hacia los pasos perdidos. Es lo que podríamos llamar, el tiempo sociológico,

donde coexisten diversas etapas históricas.

En un principio, nos cuenta las historias antiguas del quiché, no había hombres, pájaros, animales ni tierra. Sólo el cielo y el mar poblaban el universo. Nada había. Sólo silencio. En esta quietud, debe aparecer el creador. En el **Popol Vuh**, leemos: “Solamente inmovilidad y silencio en la oscuridad en la noche. Sólo el creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua, rodeados de claridad. Estaban ocultos bajo las plumas verdes y azules. Por eso se les llama Gucumatz. De grandes sabios, de grandes pensadores es su naturaleza. De esta manera existía el cielo, que este es el nombre de Dios. Así contaban”. (**Popol Vuh**).

Y la narración del libro sagrado continúa, relatando la creación del mundo, la tierra, los pájaros. Sólo falta el hombre. Este es creado de maíz por los Progenitores. El texto nos señala: “Y así encontraron comida y ésta fue la que entró en las carnes del hombre creado, del hombre formado; ésta fue su sangre, de ésta se hizo la sangre del hombre. Así entró el maíz (en la formación del hombre) por obra de los Progenitores”.

La cultura hispana y la americana subyacen inconscientemente en nuestro quehacer. Esa especie de hibridismo cubre algunas manifestaciones culturales y nuestro actuar desdoblado.

Estamos en una circunstancia que posee dimensiones espacio temporales muy especiales, casi de carácter mágico.

3. El problema de las dimensiones espacio-temporales de nuestro estar en Hispanoamérica. ¿Cuáles son las características principales de las dimensiones del espacio-tiempo de nuestro estar en Hispanoamérica? El pensador Héctor Murena, autor del libro **El Pecado Original de América**, sostiene que nuestra realidad es transobjetiva, es decir, es una estadía (11) donde no es posible aprehender las cosas mediante la intelección sino mediante otras formas de aprehensión. (12) Nuestra realidad es un mundo sorprendente, donde no caben los parámetros racionalistas europeos. Según Murena, América ha sido desterrada del espíritu. Hegel la deja fuera de la Filosofía, y por tanto, de la Historia.

Define el concepto de transobjetividad del siguiente modo: “Con el término transobjetivo buscamos indicar que quedó trascendido como objeto, que se convirtió en un objeto que ya no está al frente de nuestra conciencia, pero que ya no se yergue frente a ésta, pleno de interés con que se alcanza para el occidental, sino que ha quedado atrás, como un objeto de segunda importancia, como un objeto respecto al cual nos hemos “desengañado”. (13)

Esta transobjetividad subyace en nuestro modo de estar en la realidad. También estaría presente en la actitud hacia las ciencias, el arte y las

relaciones humanas. Así por ejemplo, el rechazo hacia el conocimiento científico estaría determinado por la búsqueda de la verdadera realidad por medio de los conceptos que nos alejan de las experiencias inmediatas y de otras formas de aprehensión.

En cambio, nuestra actitud hacia el arte es diferente, porque mediante él no se busca la recuperación de la realidad sino su aniquilamiento. Mediante la pintura, por ejemplo, creamos una realidad y aniquilamos a aquella que nos ofrece la ciencia.

La transobjetividad, planteada por Murena, tiene validez cuando la realidad hispanoamericana es observada desde un comportamiento fundamental: el enfrentamiento mágico-poético. Sin embargo, esta tesis no tiene validez cuando observamos la realidad desde una perspectiva racionalista.

El hombre europeo se sorprende cuando llega a nuestro continente. Pareciera que otra realidad aparece ante sus ojos. Así le ocurrió al Conde de Kayserling quien relata sus experiencias en un magnífico libro titulado: **Meditaciones Suramericanas**. El reloj no vale en la selva, en la pampa o en el desierto chileno. Las fechas se pierden. Todo es fertilidad. Surge el instinto, la sexualidad en su potencialidad originaria. El modo de estar telúrico caracteriza este continente.

El tiempo no es una medida, sino un vivir con el mundo en una realidad mágica que escapa a la intelección racional. Pareciera que el espacio estuviera poblado de dioses, demonios y el tiempo fuera el comienzo primordial de todo lo creado. En general, el espacio-tiempo en América es cualitativo, subjetivo y transobjetivo, configurando una realidad mágica desde la perspectiva de la intelección primordial.

El comportamiento mítico supone un aniquilamiento del tiempo empírico y al mismo tiempo, una incorporación al tiempo sacralizado y de este modo, reintegrarse al comienzo originario donde se participa en la creación de la realidad, el mundo, las cosas, el cielo, el agua, el hombre.

4. Nuestro modo poético de estar en la realidad.

Para aproximarnos a este comportamiento fundamental, utilizaremos brevemente la perspectiva que nos entregan tres grandes poetas líricos americanos: Gabriela Mistral, César Vallejo y Pablo Neruda.

Gabriela Mistral nos presenta una serie de poemas que testimonian un modo poético de acercarse al mundo. América es concebida como una madre nutricia, que entrega todas sus materias al hijo, el americano: su sangre, cuerpo y sentimientos. El sentido mítico impregna su concepción al describirla como madre tierna y dolorosa: “Hazme las sangres y las leches / y los tuétanos y los llantos. / Mis sudores y mis heridas / sécame en lomos y costados”. (Frag. de “Sol del Trópico”).

El origen, desde una madre tierra, tiene un sentido de una cosmogonía orgánica, análoga a la génesis humana. América es la madre que sustenta a los hijos americanos, mezclándolos con la tierra, el polvo sudoroso de la arcilla.

La madre es la tierra y el padre es el sol, quien hace germinar la semilla. En un fragmento de Sol del Trópico, nos dice:

“Sol de los incas, sol de los mayas / maduro sol americano / sol que en los mayas y quichés / reconocieron y adoraron”.

Una concepción semejante encontramos en otro gran poeta peruano: César Vallejo, quien siente su tierra con un dejo de amargura y nostalgia. En un poema de los **Heraldos Negros** se lee: “Yo soy la gracia incaica que se roe / en áureos coricanchas bautizados / de fosfatos de error y cicuta / A veces en mis piedras se encabritan / los nervios rotos de un extinto puma”.

Este conjunto de poemas nos muestran una concepción fatídica de la circunstancia. El modo de enfrentamiento, la objetividad no es racional sino poética, hay un convivir con las cosas. Es un hundimiento en el mundo que se torna propio, llegándose a identificar con el cuerpo.

El hogar, la infancia, los recuerdos, las frases, los hermanos, denotan un sentimiento láríco muy fuertemente prendido a nuestro modo de ser hispanoamericano.

Sin embargo, donde encontramos el sentimiento telúrico por excelencia, es en la poesía de Pablo Neruda. En su obra **Canto General**, se mezclan las concepciones míticas y poéticas, confluyendo en un torrente verbal que nos permite vislumbrar este acercamiento fundamental hacia nuestro continente. En la poesía de Neruda, se mezclan la aprehensión mágica y poética del mundo.

La intelección racional queda sobrepasada para encontrar los secretos que tejen la realidad. El ámbito de estar, la circunstancia, no es una objetividad, sino algo integrante del cuerpo humano. Circunstancia y ser humano forman una unidad indisoluble. En un fragmento de su obra **Canto General, VI, “Los hombres”**, Neruda nos dice: “Como la copa de la arcilla era / la raza mineral, el hombre / hecho de piedras y atmósfera, / limpio como los cántaros, sonoro. / La luna "amasó los caribes / extrajo oxígeno sagrado, machacó flores y raíces”. El hombre surge de los metales, de las piedras, de la arcilla. Estos elementos formadores son los componentes míticos del génesis.

De alguna manera, en el fondo de nuestro filosofar, profundamente racional, hay un modo poético de aprehender el mundo y transformarlo. El modo de estar, ya sea aprehensiva o transformativamente, nos permite instalarnos de una manera particular, quizá

diferente o igual al de los pensadores europeos.

- (1) Zea, Leopoldo: *La Filosofía americana como filosofía sin más.*, Siglo XXI, México, 1979.
El pensamiento latinoamericano, Editorial Pormaca, México, 1965.
- (2) Rivano, Juan: *El punto de vista de la miseria*, Editorial Universitaria, Stgo. de Chile, 1967.
- (3) Kempff Mercado, Manfredo: *Historia de la filosofía latinoamericana*. Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1958.
- (4) Salazar Bondy, Augusto: *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, México, 1968.
- (5) Murena, Héctor: *El pecado original de América*, Ed. Sur, Bs. As., 1954.
- (6) Schwartzmann, Félix: *El sentimiento de lo humano en América*, Ed. Andrés Bello, U. de Chile, Santiago, 1953.
- (7) Ossandón, Carlos: *Hacia una filosofía latinoamericana*, Editorial Nuestra América Ediciones, Stgo. de Chile, 1984.
- (8) Rivano, Juan: *El punto de vista de la miseria*, p. 23, Editorial Universitaria, U. de Chile, 1965.
- (9) Villegas, Abelardo: *Panorama de la filosofía iberoamericana actual*, Editorial EUDEBA, Bs. As., 1969.
- (10) Kempff, Manfredo: *Historia de la filosofía en Latinoamérica*. Zig-Zag, Stgo. de Chile, 1958.
- (11) Se entiende por Estadía al estar ratificado por impresión sensible. Para mayor detalle, puede consultarse *El estar en el mundo: La estadía*, Jorge Salgado, Universidad de La Serena, La Serena.
- (12) Entendemos por aprehensión la forma en que las cosas llegan a nosotros. Esas formas pueden ser: la intelección, la fe, la afectividad, la intuición. Por tal motivo, la aprehensión de nuestra circunstancia puede ser por la fe, o afectiva o intuitiva. Es decir, puede no ser intelectual.
- (13) Murena, Héctor: *El pecado original de América*, Ed. Sur., Bs. As., 1954.